

Vigésimo tercer domingo durante el año, ciclo B

5 de septiembre de 2021

Mario Michiaki Yamanouchi

Obispo de la diócesis de Saitama

“EFETA (Ábrete)”

Hermanos y Hermanas:

Teresa de Calcuta (1997)

Lorenzo Justiniano (1455)

Isaías 35,4-7a: El mudo cantará

Salmo 145: Alaba, alma mía, al Señor

Santiago 2,1-5: No hagan diferencias en la Asamblea

Marcos 7, 31-37: Hace oír a los sordos y hablar a los mudos

Hermanos y Hermanas

Ya estamos en el mes de septiembre esperando que pase los meses de más calor en Japón. Muchos asiáticos que vivieron en zonas más tropicales que en Japón como en Filipinas, Vietnam o en Indonesia, me dicen que el verano de aquí es mucho más bochornoso, es decir, húmedo y hoy, ya no es posible, aguantar sin prender el aire acondicionado. Sin duda, el calor es más sofocante que cuando yo era niño, es decir, hace ya más de 50 años atrás que, en casa, ni siquiera teníamos un ventilador, sino solo abanicos. Pero, creo que podemos decir de que, este clima de más calor que sufrimos actualmente, hace también que cada año las frutas que saboreamos, si bien son caras, como ciruelas, uvas, peras, kiwies, etc. son más grandes y más dulces. Los productores han ido probando e investigando la forma de mejorar la calidad de las frutas. Puede ser, que muchos digan que a lo largo del año, en el actual supermercado japonés podemos comprar toda clase de frutas que, en su mayoría son importadas. Pero, aún así, las frutas que maduran en las tierras de Japón, siguiendo el curso de las estaciones de la naturaleza tiene un sabor exquisito. Por eso, no dejemos de dar gracias a Dios por su bendición y a los agricultores que tratan de darnos lo mejor de su cultivo cada año, pues, sus esfuerzos y luchas, sobre todo, ante la inclemencia del tiempo, especialmente por las excesivas lluvias o el paso de los tifones pueden destruir el trabajo de todo un año.

Primera lectura: Isaías 35.4-7a

No olvidemos de que Isaías es el profeta de la consolación. El pueblo de Israel, sumido en el dolor del destierro, necesita de una voz de aliento y esperanza; por eso el profeta

les invita a tener valor, a que «no tengan miedo»: es necesario confiar en Dios, pues él va a salvar a su pueblo de la esclavitud.

El profeta evoca el recuerdo de la tierra de Palestina, sus riquezas naturales, torrentes y manantiales, tierra fértil y espaciosa, un paraíso o una tierra prometida, que les espera para después del exilio, a la que regresarán como en un nuevo éxodo. En esta tierra se volverán a instaurar, y reconstruirán el Templo, la ciudad y la historia. Y vivirán en plenitud, llenos de vida y salud. El profeta anuncia tantos bienes que parece que se refiere a la llegada de los tiempos mesiánicos.

Segunda lectura: Santiago 2.1-5

La carta de Santiago es un reclamo fuerte a la fraternidad. El que hace distinción de personas en la celebración litúrgica, no puede ser cristiano. Santiago en su carta nos habla de diferencias y desigualdades en el interior de la misma comunidad, paradójicamente, donde se tendría que construir otro modelo de relación entre los seres humanos. En una palabra: la fraternidad, como fruto del mandamiento del amor, empieza en la misma celebración litúrgica, y se debe hacer realidad en las relaciones sociales de los miembros de la comunidad.

Cada vez que el cristiano celebra la eucaristía debe asumir el compromiso del amor real, un amor que se hace efectivo en las obras que enriquecen la vida y la llenan de humanidad y fraternidad.

El evangelio de hoy nos dice que los paganos también fueron destinatarios del anuncio del Reino de Dios por parte de Jesús. Que saliendo Jesús de nuevo de la región de Tiro, se dirigió por Sidón hacia el mar de Galilea, por en medio de la Decápolis, territorio pagano (La «deca-polis», una especie de unidad política de diez ciudades de una muy marcada influencia greco-romana; todavía hoy, sus monumentos son muy llamativos para los turistas y los estudiosos de arqueología). Y le trajeron un sordomudo, y le pidieron que le impusiera las manos.

Es una de las poquísimas veces que vemos a Jesús fuera de su país. Si creemos a los evangelios, parecería que Jesús, prácticamente, no viajó al extranjero. Es importante señalar que en aquel entonces, ir al «extranjero» era también –sobre todo para los judíos, que se consideraban los únicos elegidos– ir al «mundo de los paganos»... no como hoy.

En este fragmento del evangelio de Marcos observamos a Jesús pues en medio de gente

«de otra religión», no judía... Puede ser significativo para nosotros el comportamiento que tenga hacia esas personas que no creen en el Dios de Abraham que cree Jesús...

En efecto. Vemos en primer lugar cómo Jesús no está entre los gentiles o paganos con una actitud «apostólica» o «misionera», no lo vemos preocupado por «catequizarles». No parece preocupado por hacer entre ellos proselitismo religioso: no trata de convertir a nadie a su religión, a la fe israelítica en el Dios de Abraham. Y tampoco vemos que Jesús aproveche su paso para «impartir la doctrina», «enseñar y divulgar las santas máximas de su religión». Más aún: observamos que ni siquiera predica, los evangelios no nos refieren ningún discurso religioso suyo. ¿Muy curioso, no? Más bien, simplemente, «cura». Es decir: no teoría, sino práctica. Hechos, no dichos. «Dar trigo», no «predicar».

Tampoco puede decir nadie que Jesús pasase por el territorio pagano con los ojos cerrados, o con indiferencia, o como si no tuviera «nada que hacer» allí... Más bien diríamos que lo que considera es que no tiene mucho que «decir». No lo vemos discursando, ni dando su «servicio de la palabra», sino curando y sanando. No habla del Reino (lo que es su «estribillo» constante y hasta su «obsesión» en el interior de los límites de Israel); fuera de su territorio religioso calla sobre el Reino, y se limita a «hacer Reino». O como dice la gente al verle: «hace el bien», no habla sobre el bien. (Y ya sabemos que «ubi bonum, ibi Regnum», «donde se hace el bien, allí está el Reino de Dios», allí está reinando Dios, una fórmula que nos hace caer en la cuenta de una cierta tautología que se da entre «bien» y «Reino»; ya lo decía la antifona-canto del salmo 71: «Tu Reino es Vida, tu Reino es Verdad, tu Reino es Justicia, tu Reino es Paz, tu Reino es Gracia, tu Reino es Amor...»; la mejor definición del Reino, descriptiva, no teórica). sí que predicó Jesús a los gentiles, pero con «el lenguaje de los hechos», y no pidiendo una conversión «mental» a su religión, o a una nueva Iglesia que él no estaba pensando fundar, sino compartiendo con ellos su «conversión a la Utopía». Jesús no trataba de convertir a nadie a una nueva religión, sino de convertir a todos al Reino, a la Utopía de un mundo nuevo, dejando a cada uno en la religión en la que estaba. La conversión importante no es hacia una (u otra) religión, sino hacia la Utopía, sea cual sea la religión en la que se dé.

La misión del misionero cristiano se debe inspirar en Jesús. El misionero –y todos nosotros, en determinadas circunstancias– no debe buscar la conversión de los «gentiles» a la Iglesia, como su primer objetivo, sino su conversión a la Utopía (sea cual sea el nombre con el que el “otro” la llame, y recordando que de nomínibus non est

quaestio, que «de nombres no hay que discutir»). Esa conversión, claro está, no es de diálogo teórico, ni de predicación doctrinal sólo... sino de «diálogo de vida» y de construcción de la Utopía.

Para la oración de los fieles

- Para que toda la Iglesia dé testimonio vivo del mensaje liberador de Jesús. Oremos.

- Para que todos los cristianos mantengamos siempre nuestro oído abierto a las llamadas de Dios. Oremos.

- Para todas las personas que sufren por cualquier causa encuentren junto a sí a personas dispuestas a acompañarlas y ayudarlas. Oremos.

#####

En el centro del evangelio de hoy hay una pequeña palabra, muy importante. Una palabra que, en su sentido profundo, resume todo el mensaje y toda la obra de Jesús. El evangelista Marcos la menciona en la misma lengua de Jesús, en la que Jesús la pronunció, y de esta misma manera la sentimos aún más vida.

Esta palabra es “effetá”, que significa: “ábrete”.

Veamos el contexto en el que está situada. Jesús estaba atrevesando la región llamada “Decápolis”, entre el litoral de Tiro y Sidón y Galilea; una zona, por tanto, no judía.

Le llevaron a un sordomudo, para que lo curara: evidentemente la fama de Jesús ya se había difundido hasta allí.

Jesús, apartándolo de la gente, le metió los dedos en los oídos y dejó: “Effetá”, que significa precisamente: “Ábrete”.

Y al momento aquel hombre comenzó a oír y a hablar correctamente (Mc. 7.35).

He aquí el significado histórico, literal, de esta palabra: aquel sordomudo, gracias a la intervención de Jesús, “se abrió”; antes estaba cerrado, aislado; para él era muy difícil comunicar; la curación fue para él una apertura a los demás y al mundo, una apertura que, partiendo de los órganos del oído y de la palabra, involucraba toda su persona y su vida: por fin podía comunicar y, por tanto, relacionarse de modo nuevo.

Pero todos sabemos que la cerrazón del hombre, su aislamiento, no depende sólo de sus órganos sensoriales. Existe una cerrazón interior, que concierne al núcleo profundo de la persona, al que la Biblia llama “corazón”. Esto es lo que Jesús vino a abrir, a liberar, para hacernos capaces de vivir en plenitud la relación con Dios y con los demás.

Por eso decía que esta pequeña palabra, “effetá”, resume en sí toda la misión de Jesús. El se hizo hombre para que el hombre, que por el pecado se volvió interiormente sordo y

mudo, sea capaz de escuchar la voz de Dios, que habla a su corazón, y de esta manera aprenda a su vez a hablar el lenguaje del amor, a comunicarse con Dios y con los demás. Por este motivo la palabra y el gesto del “efettá” ha sido insertados en el rito del Bautismo, como uno de los signos que explican su significado: el sacerdote, tocando la boca y los oídos del recién bautizado, dice : “Effetá”, orando para que pronto pueda escuchar la Palabra de Dios y profesar la fe.

Por el Butismo, la persona humana comienza, por decirle así, a “respirar” el Espíritu Santo, aquel que Jesús había invocado del Padre un profundo suspiro, para curar al sordomudo.

